

## El territorio como relato. Una aproximación conceptual

Por Alfredo Juan Manuel Carballeda

*“Edegemont Avenue parece una zona en guerra, pero como se encuentra al sur de Lowbriar, al menos es una zona en guerra mayoritariamente blanca, poblada por los descendientes de los montañeses de Kentucky y Tennessee que migraron allí para trabajar en las fábricas después de la II Guerra Mundial. Ahora las fábricas han cerrado, y gran parte de la población se compone de drogadictos que se pasaron a la heroína marrón cuando la oxycodona se puso demasiado cara”*

Stephen King. Mr. Mercedes.

*“Las aguas fluían ensanchando su curso a través una turba de islas boscosas; uno podía perder el rumbo en ese río lo mismo que en un desierto, chocando contra los bajíos, tratando de encontrar el canal, hasta que uno se imaginaba embrujado y aislado para siempre de todo lo que se había conocido alguna una vez, en algún lugar lejos, en otra existencia quizá. Había momentos en que el pasado volvía, como sucede cuando uno no tiene ni un momento para dedicarse a sí mismo; pero aparecía en la forma de un agitado y ruidoso sueño...”*

Joseph Conrad. El corazón de las tinieblas.

*“La fertilidad de estas tierras se la debemos a la sangre de los hombres y las lágrimas de las mujeres...”*

Leopoldo Marechal. Antígona Vélez.

### 1. Algunas Aproximaciones

La existencia está signada por la narración. Como sujetos histórico sociales, existimos en la medida que estamos insertos en diferentes formas de discursos. Pero los relatos no son circunstanciales o aislados. Se inscriben en espacios determinados más o menos exactos, donde la certeza la acerca y la confiere el territorio, desde un lugar, espacio, cartografía o coordenada donde algo es contado, narrado. De ahí que es posible pensar que la territorialidad se construye de forma discursiva.

Por ejemplo, los barrios no existirían sin relatos, sin historias. Serían sólo una serie de frías descripciones de catastros municipales, ausentes de sentido, zonas grises, sin historia, identidad o pertenencia (Vigarello, 1982). Sin relatos, los barrios de las ciudades quedarían desiertos e inhabitables. En nuestro continente, el silencio y los discursos que impusieron los terrorismos de Estado y de Mercado dan cuenta de esa dificultad para habitar, que muchas veces se traduce en violencias inexplicables que atraviesan los lazos sociales, ratificando la fragmentación de la sociedad.

La identidad se construye a partir de la otredad. Al reconocer la existencia de un Otro, la propia persona asume su identidad.

No hay Otro sin contexto y sin historias para contar, la ausencia de éste o su introducción en coordenadas de incertidumbre y temor produce una forma de silencio que se transforma en perplejidad, angustia y soledad, que muchas veces es traducida en una sensación de ausencia

del todo de lo que llamamos sociedad. De allí que el lazo social se construye en gran parte desde formas del discurso situadas territorialmente. Hay lazo en la medida que haya un Otro en tanto posibilidades de intercambio, reciprocidad y trama social, situados en un espacio y un tiempo.

De este modo, el territorio, se puede considerar como un punto de intersección entre el Espacio y el Lugar. Michel de Certeau (1990) define al *Lugar* como una configuración instantánea de posiciones y al *Espacio* como un cruzamiento de movi­lidades transitado. El lazo social articula, genera diálogo y cohesión entre Espacio y Lugar.

Desde una noción de Territorio, en el que éste es entendido como nudo o punto de intersección, se requiere casi de manera indefectible de un narrador que articule Espacio / Lugar, desde la Cotidianidad. El territorio, a diferencia del espacio físico, se transforma permanentemente en una serie de significaciones culturales con implicancias históricas y sociales.

Desde la etnografía, el territorio puede entenderse como algo singular, especialmente desde la significación:

*“Referirnos al territorio no es lo mismo que referirnos a la tierra, y por tanto, no se puede medir ni contar; él es una significación y por ello para asirlo lo nombramos y vivimos como calle, avenida, parcela, huerta, potrero, edificio, pueblo, ciudad, casa, parque, plaza, entre otras formas. Podemos recurrir a la etnografía para establecer la diferencia entre territorio y tierra. Para los yanacunas del sur de Colombia el territorio vendría siendo la concatenación entre el mundo y el entorno, y la tierra, el medio de trabajo donde se ponen en evidencia no sólo relaciones económicas, sino también roles sociales, lazos de parentesco, y ciertos rituales que implican como ellos dicen, “amansar” o domésticas...”* (Nates Cruz, pp. 209-229)

En tanto espacio y lugar territorial, el barrio es un texto que es narrado desde el urbanismo, la arquitectura, la disposición de las casas, sus formas, el tipo de calles, los grafitis, las diferentes circulaciones y las historias de quienes lo habitan. Desde esta perspectiva, el barrio se presenta como un mundo de significados en los que cada habitante se reconoce y reconoce a los otros, diferenciando referentes espaciales, relacionales e históricos que pueden ser compartidos.

El tiempo personal, singular, el colectivo, el narrado y el percibido, pueden hacer posible una traducción -en términos de intervención social- de esa construcción territorial que se oriente hacia la búsqueda de marcas históricas y sociales, pasadas y presentes; como si se pudiese, tal vez desde allí, montar un pentagrama con notas, melodías y silencios.

El territorio también se construye desde una complejidad indiciaria que le confiere una uniformidad de variaciones, donde lo inesperado -aquello que surge desde el devenir de la palabra, la imagen y las articulaciones a veces incomprensibles- le dan una forma singular.

De este modo, el Territorio es construido y nos construye, siendo un escenario por donde circulan los discursos que cumplen esa función, transformando los espacios en lugares y viceversa. Allí en ese encuentro, en esa intersección, es posible que lo histórico social que atraviesa el territorio sea reconstruido.

El Territorio también puede ser entendido como una especie de relato cartográfico, donde la acción se despliega a través de los lazos sociales que lo articulan y cargan de sentido. Allí es donde confluyen, en relación con las diferentes formas de subjetividad, los lazos con uno mismo, los otros, lo sagrado y la naturaleza (Rebok, 2012).

Así, la mirada hacia lo territorial se ratifica desde un pensar situado, donde las coordenadas que marcan su cartografía son socioculturales y espaciales, pero también nos hablan de ritualidad, significaciones y vida cotidiana.

Desde una perspectiva territorial, la intervención en lo social implica salir a buscar y despertar las historias que recorren las calles, a veces desde un sucinto nombre. Las historias del territorio también son las puertas de acceso a los barrios, las calles y las plazas, como así

también a la ciudad en general. En cierto sentido, el arraigo y la vinculación con los espacios territoriales se basa en que vivimos de historias, narraciones, reverberaciones y recuerdos del lugar, propios o ajenos:

*“...Hay que despertar a las historias que duermen en las calles y territorios y que yacen a veces en un simple nombre (toponimia), o esperan replegadas en los corazones de esos viejitos del parque (tradición oral), detalles nimios y ligeros como las nubes en los días de viento, siempre marchándose. Las historias son las llaves de los nuevos barrios, de las calles, de los parques y de la ciudad en general. En cierto sentido, el arraigo y la vinculación con los espacios se basan en que los ciudadanos vivimos de historias, narraciones, resonancias y recuerdos del lugar...”* (Llobera Serra, 2011).

Desde la intervención en lo social, el territorio es el nexo entre lo macro y lo micro social. Si bien la intervención se singulariza en espacios micro sociales, instituciones, familias, barrios, ese lugar de lo micro está atravesado por lo macro y mediatizado por lo territorial, que en caso de estas prácticas podría ser mencionado como lo “meso social”.

Dentro del relato territorial también se construyen las pujas y relaciones de poder, constituyendo nominaciones, órdenes gramaticales y sintaxis para unos y otros. El Territorio se delimita en tanto es nombrado. Pero esas formas de nominar implican un atravesamiento de lo macro social, que llega hasta la singularidad de lo micro, transformándose también en un lugar de encuentro y mediaciones permanentes, en constante movimiento.

El mapa que describe el Territorio implica una forma de oralidad que es posible rastrear en los orígenes de las cartografías, donde el recorrido era narrado, aprehendido desde una poética que se transmitía a través de los tiempos. Los puntos de llegada, recorrido y partida, conservan, hasta hoy, retazos de esas formas de descripción.

## **2. El Territorio en América**

*...el pretexto de que unos ambiciosos que saben latín tienen el derecho natural de robar su tierra a unos africanos que hablan árabe; el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que se conoce el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre de los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea”...*

José Martí (Citado por Roberto Fernández Retamar en: Pensamiento de Nuestra América. Ediciones de CLACSO, 2006.)

Lo territorial en América da cuenta de una singularidad que parte de una construcción cartográfica impuesta por diferentes formas de dominación colonial que subsisten hasta hoy. Los mapas de América son relatados, nominados y escritos a través de diferentes formas de conquista. En nuestro continente, Espacio y Lugar también implican formas diferentes de circulación, encuentro y formas discursivas, relacionadas con las guerras para controlar nuestras geografías y las resistencias a esas imposiciones.

De este modo, la fuerza indiciaria de la inscripción de las imágenes como fotografías que se imprimen en la memoria colectiva, se construye singularmente en América desde imágenes inesperadas, donde la realidad se ratifica a partir de detalles -indicios- que aparentemente no cumplen un papel funcional o se “esconden” en los vericuetos culturales del paisaje.

De ese modo, el territorio se transforma en el lugar del acontecimiento, lo construye como tal, le confiere características singulares, requiriendo de miradas agudas que aporten elementos para comprender y explicar lo que se surge de manera constante e imprime en la identidad de quienes lo habitan. De ese modo, las narrativas del territorio cuentan desde lo

pequeño, en términos de lo indiciario, hasta el relato histórico global de éste. Esas narrativas son, en otras palabras, descripciones cargadas de sentido que dan apoyo espacial a prácticas y discursos colectivos (Damonte, 2011). De ese modo, los territorios se fundan desde narrativas. La singularidad americana da cuenta de estrechas relaciones entre población y espacio de asentamiento, como procesos de constitución de espacios sociales.

Según Gerardo Damonte (2011), las narrativas territoriales poseen características definidas, son de base histórica y se actualizan en forma permanente; se contextualizan, o sea, se relacionan con las circunstancias del momento, se presentan como fuertemente colectivas, el relato remite siempre a un todo histórico social. En general, se encuentran interrelacionadas, se definen por adscripción y no por dominio territorial.

En clave de pensar situado, lo territorial implica que éste es en espacio donde confluyen una serie de coordenadas que se ordenan a través del relato, pero que de base son socioculturales, temporales y espaciales.

El territorio en América es un relato que tramita, media, genera interacción y diálogo entre pasado, presente, identidad y cultura en un espacio determinado en el devenir de los sujetos histórico sociales que lo habitan. Así, las fronteras que se construyen con la lógica occidental europea están atravesadas por una serie de características artificiales que colisionan con la cultura.

La necesidad de objetivación, organización y cuadrícula de los territorios en América se relacionó con la dominación, el saqueo, la explotación de personas y recursos. Desde esta perspectiva es posible aproximar algunas explicaciones a las características de los barrios urbanos que el terrorismo de estado y mercado transformó e impuso por la fuerza en muchos casos en guetos arrasados y erosionados a través de lógicas ajenas a las culturas signadas por la violencia, construyendo nuevas formas de circulación, privatización de los espacios y construyendo a su vez más y complejas relaciones con lo institucional. La multifuncionalidad en tareas, papeles, formas de producción, genera composiciones sociales heterogéneas y dinámicas que los fueron transformando en espacios en tensión. Las mismas se pueden vincular con los movimientos poblacionales forzados por las diferentes crisis económicas que se generaron especialmente desde las dictaduras militares. Estas tensiones y conflictos se ponen en escena desde diferentes aspectos de la vida cotidiana y a veces pueden tener mayor violencia, especialmente en conflictos originados en el uso del suelo como hábitat, es decir por la ocupación de nuevas tierras.

La conquista, con todas sus implicancias, generó integraciones y disputas inesperadas. Desde esa complejidad histórica y cultural es que se construye la noción de lo territorial en América. La puja por el uso del suelo a partir de diferentes actividades sobre éste, que van desde habitarlo hasta diferentes formas de producción, la mayoría de las veces sin planificación, constituyendo más y nuevas formas de conflictividad.

La relación entre violencia y territorio en América no es nueva, proviene básicamente de la sistematicidad de la conquista y el saqueo. Se orienta a la apropiación de personas, culturas y recursos, construyendo una forma de dominación que se apoya en la negación de la otredad, desde la opresión más compulsiva hasta la que se enmascaró en la construcción de “brazos de civilización” que desde las metrópolis “blanqueadas” por la raza y la cultura penetran en la barbarie para generar nuevas formas de lo territorial asentadas en la construcción de “barreras de contención” de lo bárbaro, lugar de captación y captura para la observación y domesticación de esa otredad nunca comprendida, quizás por la falta de conocimiento o reflexividad europea.

Así parte el espíritu fundacional de las instituciones de nuestros Estados Nación como puestos de lucha contra un enemigo que dejaba de ser diferente para transformarse en desigual.

Reconociendo algunos de esos trazos y especialmente a partir de los avances en inclusión social producidos en los últimos años, tal vez sea posible elaborar, pensar y profundizar modalidades de intervención social que pongan a la cohesión como valor superior por encima de los recursos y la accesibilidad

En definitiva, desde América es posible aproximar con más certeza la relación relato – identidad – territorio, desde narrativas que se apoyen en elementos variados como naturaleza,

paisaje, ambiente construido, cultura y etnicidad, factores económicos, las formas de la desigualdad y singulares fronteras entre el nosotros y ellos.

La identidad territorial se apoya en la conjunción entre el medio físico, lo histórico y la continuidad social.

### **Bibliografía**

Certeau, Michel. La invención de lo cotidiano. Universidad Iberoamericana. México 1990.

Damonte, Gerardo. "Construyendo territorios". Narrativas Aymaras contemporáneas. GRADE. Perú. 2011.

Llobera Serra, Pablo. Somos Paisaje. 2011. En [https://ddd.uab.cat/pub/bdsa-arag/bdsa-arag\\_a2011m3n5/bdsa-arag\\_a2011m3n5p35.pdf](https://ddd.uab.cat/pub/bdsa-arag/bdsa-arag_a2011m3n5/bdsa-arag_a2011m3n5p35.pdf)

Nates Cruz. Beatriz. "Soportes teóricos y etnográficos sobre conceptos de territorio". Revista Co-herencia Vol. 8, No 14 Enero - Junio 2011, pp. 209-229. Medellín, Colombia.

Rebok, Amaría G. "La actualidad de la experiencia de lo trágico y el paradigma de Antígona". Biblos, 2012.

Vigarello, G. "Histoires des corps: entretien avec Michel de Certeau", Esprit, 1982, 2, p. 179-90. En Historia y Grafía, Julio-Diciembre de 1997. Traducción: Alejandro Pescador.